

Frondizi: Hacia la Paz y el Progreso

por Sebastián Salazar Bondy

Para quien viviera en la Argentina el duro yugo peronista, tan intolerable y férrea dictadura cuando desbocada demagogia, el advenimiento al poder, por voluntad popular, de Arturo Frondizi significa en primer término la apertura de una posibilidad de progreso y paz social como pocas veces se ha dado en cualesquiera de los países de Latinoamérica. El peronismo fue el fruto natural de un terreno abonado, durante largos años, por injusticias y abusos sin cuento, y constituyó la tempestad —la nociva, pero inevitable tempestad— que siempre cosechan los sembradores de vientos. El cronista vivió en el Buenos Aires del dominio "justicialista", compartiendo con muchos verdaderos demócratas los sinsabores del imperio del partido único, y él como sus amigos argentinos sabía que ese cáncer demagógico, encabezado por Juan Domingo Perón, provenía de un resentimiento cuajado en el alma nacional a través de décadas y décadas de insensibilidad oligárquica para con los problemas políticos, económicos y sociales del país real, de la masa trabajadora, de las clases proletaria y media. El mandón de nuevo cuño varió, para despertar los odios reconcentrados en la muchedumbre, el método de gobernar dictatorialmente: no se apoyó en los grupos tradicionales, sino pidió a los más —víctimas como eran de la tradicional simulación democrática— su apoyo multitudinario, ofreciéndoles migajas que, en comparación con lo que poseían, resultaron algo así como tesoros.

Cuando a fines de 1955 se produjo la revolución contra Perón y su camarilla, no obstante la existencia del partido que éstos movían, una inmensa parte de

la opinión pública se hallaba desengañada. La crisis económica —y la crisis moral, que es lo peor— le habían quebrado el espinazo al país. El llamado de Leonardi fue atendido y respaldado, y tras el líder antiperonista, a pesar de lo que muchos ingenuos entre nosotros suelen sostener estuvo la parte más decisiva de la ciudadanía, el pueblo pensante y actuante, productor y creador. Perón había



perdido la confianza del país, y su juego, hecho de mentiras, falsas promesas y alardes sentimentaloides, quedaba, al descubierto. El cronista estuvo en Buenos Aires seis meses después de la caída del dictador, al cual los turbios negociados, las payasadas y las arbitrariedades era lo peor que se le podía achacar, ya que su crimen más grande había sido herir a la nación, dividirla a sangre, detener su progreso y precipitarla a ese caos del que ahora intenta heroicamente salir. La libertad en ese instante ponía en evidencia hasta qué punto el tumor peronista había infestado todo el organismo nacional.

Desde la derrota de Perón hasta las recientes elecciones, la pugna no ha sido tanto entre peronistas y antiperonistas: el conflicto lo han encarnado los que pretendían volver, como si nada hubiera pasado en el interin, al estado de cosas anterior al peronismo, y los que entendían que no bastaba volver a la democracia sino que era preciso impedir, por medio de una acción social y económicamente justa, la repetición de la situación que diera origen al brote demagógico y absolutista. Frondizi y los que con él están —desde radicales hasta nacionalistas, desde socializantes hasta católicos— representan esta última tendencia. Sostienen, en suma, que la libertad hay que fundarla en la justicia.

El gobierno de Frondizi no será fácil. De una parte, conspirarán contra él los agitadores peronistas y comunistas —mancomunados en el mismo resentimiento, aunque sus particulares metas sean diferentes—, y de otra, se opondrán a él los viejos intereses de clase de quienes fracasaron antes y dieron pábulo con su incapacidad y su ceguera, a la aparición de Perón y los suyos. Sin embargo, dos virtudes del nuevo gobernante argentino parecen garantizar el éxito de su gestión restauradora —legítimamente restauradora, advertimos, ya que en el Perú esa expresión está corrupta—: su espíritu democrático y su realismo. Esos atributos significan generosidad, tolerancia, comprensión, y también energía y genio planificador. A la esperanza que implica, para su gran país y para América toda, como ejemplo vivo, es que el cronista ha querido saludar a Arturo Frondizi con estas líneas de amistad y adhesión.